

En *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires (Argentina): Miño y Dávila.

Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal.

Augusto Gayubas.

Cita:

Augusto Gayubas (2014). *Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal*. En *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires (Argentina): Miño y Dávila.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/augusto.gayubas/10>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pdv4/z52>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

PIERRE CLASTRES Y LA GUERRA EN EL VALLE DEL NILO PREESTATAL

A modo de introducción

En un conocido pasaje, el pensador anarquista Piotr Kropotkin, en cierto modo iniciador de la tendencia a enriquecer el pensamiento libertario con el estudio histórico y antropológico de las sociedades humanas, escribió que entre las principales necesidades sociales de las que se harían cargo las asociaciones voluntarias constituidas en una sociedad libre e independiente, se contaban “la protección contra las agresiones, el apoyo mutuo y la defensa del territorio” (Kropotkin 1913, 100). La enunciación conjunta de estos tres elementos no parece azarosa; difícilmente pudiera serlo si consideramos que sitúa en su centro ni más ni menos que el concepto de “apoyo mutuo”, pilar de todo el pensamiento teórico de Kropotkin.

Casi ochenta años más tarde, el antropólogo Pierre Clastres, cuyas afinidades con algunos postulados del anarquismo no son ningún misterio, destacó, a partir de un riguroso estudio etnográfico de una serie de sociedades “primitivas” del Gran Chaco y de Amazonia, lo que podría graficarse como una articulación sociológica entre la “sociedad primitiva” (es decir, la sociedad no estatal o, en términos del propio Clastres, la “sociedad contra el Estado”) y la guerra.

Es cierto que, mientras que la fórmula de Kropotkin formaba parte de un modelo de acción social y política orientado a la construcción y consolidación de una sociedad comunista libertaria, los enunciados de Clastres no eran otra cosa que una lectura analítica de sociedades contemporáneas del registro etnográfico cuyo fin era simplemente “desvelar los modos de funcionamiento” de la sociedad “primitiva” (Clastres 1996 [1980], 156). No menos cierta es la diferencia existente entre la inserción del principio del apoyo mutuo en el marco de la evolución natural de la especie (según el esquema de pensamiento de Kropotkin, contrario al darwinismo social a la manera de Spencer pero explícitamente tributario de las tesis darwinianas) y la reflexión estrictamente sociológica y política de Clastres, rotundamente opuesta a los postulados del evolucionismo (cf. Abensour 2007 [1987], 221-222).

No obstante, resulta difícil no ver siquiera un punto de contacto entre aquella fórmula que tanta importancia tuvo para el pensamiento y la acción anarquistas del siglo XX, y las provocadoras proposiciones mediante las cuales Clastres se enfrentó a los modos tradicionales de abordar el estudio de las sociedades “primitivas”¹. Allí donde Kropotkin establecía una relación necesaria entre un orden regido por el apoyo mutuo (contrario a toda forma de dominación política o económica) y la defensa militar de este mismo orden contra agresiones externas o internas (garantía última del sostenimiento de la sociedad libre e independiente), Clastres observaría en su estudio una fundamental relación entre el carácter autónomo e indiviso de la sociedad no estatal (construida sobre la base de la reciprocidad y de la ayuda mutua y carente de un aparato de imposición) y la guerra (como mecanismo garante del sostenimiento de la autonomía y de la indivisión), esta vez no como modelo de teoría social (a la manera de Kropotkin) sino como interpretación del funcionamiento de sociedades existentes y contemporáneas.

De un modo interesante, estas reflexiones de Clastres, formuladas durante la década del setenta, se constituyeron en un antagonista importante de las miradas a la sazón en boga sobre la guerra en sociedades no estatales (biológicas, ecológicas, materialistas y estructuralistas), y hoy en día, repensadas y confrontadas con otras investigaciones y elaboraciones teóricas, ofrecen algunas herramientas que pueden ayudar a definir y pensar la guerra en sociedades no estatales, no ya sólo del registro etnográfico, sino también del pasado remoto, a las cuales únicamente se puede acceder a través de la evidencia arqueológica².

Es precisamente esto último lo que nos interesa en el presente trabajo: proponer una lectura de la guerra en un contexto sociohistórico concreto, el valle del Nilo preestatal, que no solamente se base en una consideración de la evidencia disponible, sino que se valga de las herramientas ofrecidas por la teoría antropológica. Para ello, comenzaremos por presentar una definición y una lectura específica de la guerra no estatal que tome los aportes de Clastres y de otros antropólogos, y que, como quedará expuesto a lo largo del trabajo, enfatizará el fundamento político de la

1 De hecho, el filósofo Ángel Cappelletti (1989) ha considerado a Kropotkin un “precursor” de la antropología política de Clastres. Sobre las vinculaciones entre enunciados anarquistas y estudios antropológicos de sociedades no estatales, cf. Roca Martínez (2008); Morris (2008); MacDonald (2012).

2 Este último tipo de operación ha sido realizado en los últimos años por una serie de arqueólogos e historiadores de distintas áreas de estudio. Cf., por ejemplo, Campagno (2002); Neves (2009); Angelbeck (2010); González García, Parcero-Oubiña y Ayán Vila (2012).

misma. A continuación, evaluaremos la evidencia arqueológica de guerra disponible para el valle del Nilo preestatal, organizándola a partir de una serie de indicadores para facilitar su estudio. Finalmente, enunciaremos nuestra propia interpretación de la práctica de la guerra en el valle del Nilo preestatal, que acordará (aunque en un plano de evaluación histórica de la evidencia arqueológica) con las críticas dirigidas por Clastres hacia los enfoques ecológicos y materialistas, y que encontrará precisamente en las formulaciones de este autor algunas herramientas de utilidad para repensar el problema.

Hacia una definición de la guerra en sociedades no estatales

A la hora de abordar la problemática de la guerra en sociedades no estatales, lo primero que debemos hacer es presentar una definición del fenómeno que estudiamos³. Frente a aquellas definiciones que ponen un énfasis desmedido en el enfrentamiento armado puntual entre grupos, mayormente bajo la forma de batallas más o menos reguladas, consideramos de utilidad, en cambio, la definición de guerra propuesta por el antropólogo australiano Mervyn Meggitt (1977, 10), en su estudio sobre las sociedades Mae Enga de las tierras altas de Nueva Guinea, para quien la guerra es “un estado o período de hostilidad armada existente entre comunidades políticas autónomas que, en ciertos momentos, consideran las acciones (violentas o no) de sus miembros contra sus oponentes como expresiones legítimas de la política soberana de la comunidad”.

La importancia de tal definición reside en al menos tres puntos (cf. Gilbert 2004, 3-4). El primero tiene que ver con que permite reconocer la presencia de guerra no sólo en sociedades estatales (modernas y antiguas), sino también en sociedades no estatales, contraponiéndose a definiciones restrictivas aún vigentes, que circunscriben el estudio de la guerra al conflicto armado entre unidades políticas centralizadas (por ejemplo, Claessen 2006, 217), y que ubican a las sociedades no estatales en un universo de inferioridad caracterizado por situarse “por debajo del horizonte militar” —de aquí se derivan conceptos como el de la “guerra primitiva” opuesta a la guerra moderna o “verdadera” que emplean, entre otros, H. H. Turney-High (1949) y sus adherentes.

3 Nótese que aquí nos interesa estudiar la guerra en sociedades no estatales, entendida como una forma de guerra específica de un tipo de sociedad. Este tipo de sociedad se organiza según pautas comunales basadas en las relaciones de reciprocidad y en los lazos de parentesco que operan como lógica de articulación social dominante y que suponen la inexistencia en el seno de la comunidad de un órgano de poder político independiente y, por lo tanto, de prácticas de tipo estatal. Cf. Campagno (2002, 69-77).

Estas miradas restrictivas forman parte de una concepción ya denunciada por Clastres en la década del setenta, que define a las sociedades no estatales desde la falta (sin Estado, sin desarrollo de las fuerzas productivas), y no desde la afirmación (contra el Estado, con igualdad y autonomía, con mayor hincapié puesto en la sociabilidad y en el ocio). En dichas miradas, por lo tanto, se considera a las sociedades no estatales como sociedades sin política y sin guerra, igualando equívocamente estos dos conceptos con las formas modernas (o, al menos, estatales) de la política y la guerra, y desconociendo el carácter eminentemente político de la organización (que en términos de Clastres podríamos caracterizar como “contraestatal”) de las sociedades no estatales del registro etnográfico, y la centralidad social de la práctica guerrera que se encuentra, a su vez, íntimamente vinculada con lo político en dicho tipo de sociedades⁴.

De acuerdo con Clastres (2008 [1974], 20), “todas las sociedades, arcaicas o no, son políticas [...] el poder político es *universal*, inmanente a lo social [...] pero [...] se realiza principalmente de dos modos: poder coercitivo, poder no coercitivo”. En las sociedades “contra” el Estado (como las define Clastres), el poder es detentado por la sociedad, mientras que lo que define a las sociedades estatales es la monopolización del poder por un grupo, que impone su voluntad sobre el resto mediante el recurso a la coerción⁵. Por lo tanto, como resume Clastres (2008 [1974], 19), “una sociedad apolítica ni siquiera tendría su lugar en la esfera de la cultura, sino que debería estar situada con las sociedades animales regidas por las relaciones naturales de dominación-sumisión”⁶.

4 Ya en 1897, Kropotkin (1923 [1897], 5) acusaba a aquellos autores europeos que legitimaban el orden estatal asimilando sociedad con Estado, y advertía que “el Estado no es más que una de las formas revestidas por la sociedad en el curso de la historia”. Clastres fue uno de los encargados de realizar similar operación en relación con la vinculación política-Estado formulada por no pocos estudiosos de las sociedades estatales y no estatales del siglo XX.

5 Con el término “sociedad contra el Estado”, Clastres busca enfatizar el aspecto de autoafirmación de las sociedades en cuyo seno no existe un órgano de poder político separado, y cuyos propios mecanismos sociales impiden la emergencia de un dispositivo de tipo estatal. En este sentido, Eduardo Viveiros de Castro (2011, 316) inserta los enunciados de Clastres en lo que considera “una lenta transformación de una imagen del Otro definida por la falta o la carencia, por su distancia privativa en relación con el Yo, en una figura de alteridad dotada de endoconsistencia, de autonomía en relación con la imagen de nosotros mismos y, como tal, dotada de valor crítico y heurístico para nosotros”. Cf. también Gayubas (2012).

6 De acuerdo con Amedeo Bertolo (1999 [el artículo original es de 1983], 96, nota 10), la concepción de Clastres del poder se asemeja a cierta formulación de Pierre-Joseph Proudhon, según la cual “el poder es una fuerza colectiva, mientras que la autoridad es alienación, apropiación monopólica de esa fuerza colectiva” (1999, 78). Cf. también Angelbeck (2009, 15-21).

Un segundo elemento por el cual la definición de Meggitt de la guerra resulta de importancia, lo conforma el hecho de que apunta no solamente al acto violento del encuentro entre combatientes (que se trata de *uno* de los actos que hacen a la práctica bélica) sino al “estado de guerra” que atraviesa a las sociedades en su relación con los enemigos y que escapa a las definiciones tradicionales que ven a la guerra como el enfrentamiento armado entre dos grupos organizados, o a las definiciones antropológicas que la definen como el “combate armado entre comunidades políticas” (cf. Otterbein 1973)⁷. La definición de Meggitt, según observa Gregory Gilbert (2004, 4), tiene la ventaja de reconocer “las acciones no violentas que son parte integral de muchas guerras”, dado que hay “mucho más en la guerra que el conflicto abierto o la batalla”. En efecto, tanto los actos de guerra que no son propiamente batallas (raides, emboscadas, que de hecho suponen la forma más común de relación violenta entre comunidades no estatales; cf. Gat 1999, 566), como ciertas prácticas que tienen una relación muy íntima con la guerra (fundamentalmente rituales, tanto en sociedades estatales como no estatales; cf. Keeley 1996, 59-65; Otterbein 2004, 34-38), son parte de la guerra, *hacen* a la guerra.

En tercer lugar, la importancia de la definición de Meggitt radica en que interpreta las acciones implicadas en el “estado de hostilidad” como expresiones de la “política soberana” de la comunidad. Este término moderno, aplicado a situaciones no estatales, busca referir a una identificación colectiva comunal, a un sentido de autonomía que se ve expresado, de acuerdo con el autor, en las acciones que reproducen el estado de guerra. En este punto, pues, la definición de Meggitt no sólo se conecta con las aproximaciones de autores como Bronislaw Malinowski (1936) y Robert Carneiro (1990), quienes sitúan en el núcleo de la definición el enfrentamiento entre comunidades políticas independientes entre sí (cf. también Angelbeck 2009, 42-43), sino que, de un modo más interesante, se articula, a nuestro entender, con la lectura de Clastres sobre la guerra en sociedades no estatales.

7 Recientemente, Otterbein (2004, 9) problematizó su definición clásica al señalar que “un combate armado [...] entre dos hombres puede ser considerado guerra si dichos hombres pertenecen a entidades políticas independientes”. A esto último nos referiremos en el apartado siguiente. Por otro lado, merece la pena recordar el clásico enunciado de Hobbes según el cual “la guerra no consiste solamente en batallar, en el acto de luchar, sino que se da durante el lapso de tiempo en que la voluntad de luchar se manifiesta de modo suficiente” (*Leviathan*, cap. XIII).

Clastres y la guerra en sociedades no estatales

A la hora de presentar su interpretación de la guerra no estatal, Clastres parte de una inicial crítica a los discursos en boga en la época en que escribe, algunos de los cuales permanecen, ligeramente modificados, en la actualidad. Los discursos biológicos, por ejemplo, que otrora asumieran un hipotético “instinto agresivo” del hombre y que en la actualidad se centran en la idea de una agresividad innata expresada en la lucha por el acceso a hembras o por un “instinto territorial”, han sido discutidos en su momento por Clastres y en la actualidad por no pocos investigadores, tanto por su simplismo al evadir un trato pormenorizado de las particularidades culturales de las sociedades humanas, como por su inconsistencia comparativa, por su incapacidad de explicar las situaciones de violencia humana colectiva carentes de condicionamientos reproductivos, y por la inexistencia de evidencia fisiológica que testimonie un instinto agresivo del hombre (cf. Clastres 2004 [1977], 17-23; Otterbein 2004, 26-28; Helbling 2006, 115-117; Sussman 2013).

Los enfoques ecológicos y materialistas, por su parte, también fueron duramente cuestionados por Clastres, en particular la “hipótesis de las proteínas” de David Gross y Marvin Harris y toda aquella postura que pusiera el énfasis en la lucha por el control de recursos escasos. El argumento mediante el cual fueron confrontadas las hipótesis materialistas se fundamentó principalmente en la relectura, tributaria de los exhaustivos exámenes de Marshall Sahlins (1983 [1974]) y Jacques Lizot (1977), de las sociedades no estatales como “sociedades de abundancia”, contra “la tan envejecida tesis de la imposibilidad de la economía primitiva para brindar alimento adecuado a la sociedad” (Clastres 2004 [1977], 27; cf. Clastres 1996 [1980], 133-151; 2008 [1974], 162-167). Este argumento, de hecho, conserva en buena medida su vigencia a la hora de problematizar las lecturas ecológicas y materialistas contemporáneas, más propensas (las segundas) a realzar la influencia occidental sobre la práctica bélica de las sociedades del registro etnográfico (lucha por el acceso a recursos escasos introducidos por los occidentales), y poco atentas (las primeras) a las estrategias de conservación de especies y recursos de las comunidades⁸.

8 El discurso puramente estructuralista sobre la guerra, al cual Clastres se mostró inicialmente cercano (1996 [1980; el artículo original es de 1969], 42-43) y posteriormente discutió y cuestionó (2004 [1977], 31-41), no tiene adherentes en la actualidad, motivo por el cual lo excluimos de la argumentación principal.

De acuerdo con Clastres (2004 [1977]), en cambio, la guerra forma parte de la propia estructuración sociopolítica de la comunidad no estatal. En tanto tal, opera como un mecanismo que, al mantener a las comunidades en la dispersión y evitar así la centralización (lógica centrífuga) y al materializar el contraste con lo extranjero (lógica de la diferencia), contribuye a la propia definición de la comunidad como un Nosotros autónomo e indiviso.

Una recuperación de este enunciado no conduce necesariamente a desconocer la especificidad de un tipo de lazo social que regularía internamente a las comunidades y que, siguiendo la relectura propuesta por Marcelo Campagno (1998; 2002, 69-77), podríamos definir en términos de parentesco; muy por el contrario, permite considerar que en estas sociedades la guerra es un dato de su propia estructuración y organización sociopolítica precisamente porque es la práctica que materializa el contraste con los no parientes, es la expresión extrema de esta oposición, de este “antagonismo” que está implícito en la identificación de parentesco⁹.

En definitiva, siguiendo a Glenn Bowman (2001, 42), el antagonismo “podría ser precisamente lo que conduciría a una entidad a demarcar los límites de su identidad y a ‘defender’ dichos límites mediante la violencia”. Es así que, en la lectura de Clastres, más allá de las motivaciones puntuales para determinados estallidos de violencia bélica, lo que expresa la práctica de la guerra es ante todo la lógica de la diferencia, es decir, el antagonismo que es fundamento de la autoafirmación de la comunidad en tanto comunidad autónoma e indivisa, regida internamente por los lazos del parentesco.

En este punto, es interesante el concepto de “sustitución social” (*social substitutability*) acuñado por el antropólogo Raymond C. Kelly para diferenciar analíticamente la guerra de otras formas de violencia que pueden presentarse en las sociedades no estatales. De acuerdo con Kelly (2000), el principio de sustitución social es aquel según el cual la agresión de un miembro de la comunidad enemiga hacia uno o más miembros de la propia comunidad es leída como la agresión de la totalidad del grupo enemigo hacia la totalidad del conjunto social propio, lo cual generará una respuesta igualmente colectiva dirigida hacia la totalidad del grupo enemigo, o hacia cualquiera de sus miembros como

9 Como sostiene Campagno (1998, 106), “más allá de los límites de la comunidad, el parentesco no extiende su red de relaciones positivas. Por el contrario, la relación típica de una comunidad con el exterior es –en los términos del parentesco– una no-relación, es una relación sostenida en la desconfianza frente al extranjero, al extraño, al *otro*”.

personificaciones del grupo. Así, un grupo arremetiendo contra un solo individuo, un individuo atacando a un grupo, o incluso dos individuos de dos comunidades enfrentadas agrediendo mutuamente, pueden ser considerados prácticas de guerra si el elemento colectivo está presente en la fundamentación de esas prácticas, si se trata de expresiones extremas del antagonismo existente entre comunidades autónomas.

El registro arqueológico del valle del Nilo preestatal

Habiendo establecido los lineamientos básicos de una lectura de la guerra no estatal que tome en consideración las reflexiones de Clastres, presentaremos brevemente a continuación la evidencia arqueológica que resulta pertinente para nuestro trabajo.

En un artículo de carácter general, R. Brian Ferguson (1997) enumera cinco indicadores posibles de guerra en el registro arqueológico: restos óseos con lesiones o proyectiles incrustados; fortificaciones y patrones defensivos de asentamiento; destrucción o abandono de sitios; armas; y representaciones “artísticas” (que nosotros denominaremos “iconográficas”).

Si nos concentramos en el contexto histórico que nos ocupa, el valle del Nilo preestatal¹⁰, notaremos que la mayor parte de dichos indicadores se encuentra presente durante el período Predinástico e incluso anteriormente¹¹.

Restos óseos con lesiones o proyectiles incrustados

Este tipo de evidencia se encuentra en el valle del Nilo desde mucho tiempo antes que el período Predinástico.

10 Cuando nos referimos al valle del Nilo preestatal, hacemos referencia a un marco geográfico que se extiende desde la segunda catarata al sur (el extremo septentrional del actual Sudán) hasta el vértice del delta en el norte, y a un marco cronológico que aborda una serie de situaciones comprendidas entre fines del período Paleolítico (c. 20.000-5500 a.C.) y mediados del período Predinástico (hasta el período Nagada IIc-d, c. 3500-3300 a.C., que es el momento en el que se suele fijar el surgimiento del Estado en el valle del Nilo), incluyendo por lo tanto los primeros agrupamientos neolíticos (c. 5500 a.C.) y las sociedades con indicios de algún grado de diferenciación social que aparecen hacia comienzos del período Predinástico, esto es, hacia los períodos Badariense (c. 4500-3900 a.C.) y Nagada I (c. 3900-3600 a.C.) en el Alto Egipto. Lo que unifica las situaciones estudiadas de acuerdo con estos parámetros espacio-temporales, es un tipo de lazo social que no se deduce de las dinámicas posteriores (estatales), sino de los modos comunitarios de existencia, basados en la lógica del parentesco; cf. Campagno (2002, 137-145).

11 Dejaremos de lado el indicador que hace referencia al abandono o destrucción de sitios porque la evidencia de este tipo en el valle es escasa, problemática y tardía (correspondiente a fines del período Nagada II).

El hallazgo más temprano sobre el que hay un claro consenso acerca de que expresa un contexto de violencia bélica es el cementerio 117 de Jebel Sahaba, en el valle del Nilo sudanés, datado hacia 12.000-10.000 a.C. y correspondiente a la cultura paleolítica Qadan (cf. Wendorf 1968; Hoffman 1979, 90-99; Midant-Reynes 1992, 68; Gilbert 2004, 73; Gayubas 2006, 58-61)¹². Se trata de un cementerio que contenía 59 cadáveres de los cuales al menos el 40% tenía puntas de proyectiles de piedra incrustadas en los huesos o bien dispuestas junto a los cuerpos. Además, se ha atestado la presencia de las llamadas “lesiones de defensa” (lesiones en los antebrazos que serían el resultado, de acuerdo con las investigaciones osteológicas, de un uso defensivo de las extremidades superiores) y en otras partes de los cuerpos, lo cual sumado a la presencia de cuerpos de niños con golpes de ejecución en la cabeza y en la nuca (un tipo de evidencia reconocido como “casi invariablemente [indicativo] de guerra”; Kelly 2000, 151) y a la presencia en muchas de las tumbas de varios individuos enterrados juntos, contribuye a percibir dicho cementerio como un completo registro documental que testimonia que la violencia bélica debió haber sido una práctica conocida en la sociedad de cazadores-recolectores y pescadores de la cultura Qadan de esta zona del valle del Nilo.

Por otro lado, durante los períodos Neolítico y Predinástico, también tenemos evidencia de restos humanos con lesiones: cráneos con heridas que pudieron ser provocadas por el impacto de ciertas armas de guerra (en concreto, mazas o hachas) en sitios como Merimde Beni-Salame, Mostagedda, el-Omari y Hieracópolis, y probables indicios de “lesiones de defensa” documentadas en una serie de tumbas en Mostagedda, Maadi y Adáima (cf. Gilbert 2004, 73-80, con bibliografía).

Fortificaciones y patrones defensivos de asentamiento

Dentro de este grupo, para el valle del Nilo predinástico es poco lo que podemos decir, mayormente por las condiciones de supervivencia de la evidencia. Sin embargo, no debe menospreciarse aquello con lo que se cuenta.

La disposición de áreas de residencia neolíticas en el terreno ligeramente elevado a lo largo del borde del desierto sugiere un criterio

12 Por razones de espacio, no mencionamos aquí el cadáver de Wadi Kubaniya (20.000 años de antigüedad) que, a nuestro entender, debe ser inserto en una discusión sobre los indicadores arqueológicos de guerra en el valle del Nilo (al respecto, cf. Wendorf y Schild 1986).

defensivo de asentamiento. De acuerdo con Gilbert (2004, 101), estas áreas de residencia “pueden haber actuado como refugios aprovechando las ventajas naturales del terreno”. Incluso, recurriendo a analogías etnográficas, se puede suponer el empleo de palizadas hechas con materiales percederos (como la madera) y zanjas o fosas, las cuales resultarían arqueológicamente indetectables.

En lo que respecta a fortificaciones amuralladas, contamos con el modelo en arcilla de dos personajes (identificados por algunos autores como guerreros o centinelas) apostados detrás de una muralla, hallado en Abadiya y datado hacia el período Nagada I, y con los restos de un muro de dos metros de espesor hallados en Nagada (cuya datación es problemática, pero que correspondería probablemente al período Nagada II, entre fines del período preestatal y el momento de la emergencia del Estado), todo lo cual podría estar indicando la existencia temprana de murallas de carácter probablemente defensivo en el valle del Nilo¹³.

Armas

En el valle del Nilo se ha hallado gran cantidad de vestigios de armas relacionadas con el período que nos ocupa. De acuerdo con Ian Shaw (1991, 31), las “principales armas de guerra de los períodos Predinástico Tardío y Protodinástico eran sin dudas el arco y la flecha, la lanza, el hacha y la maza”, conclusión que puede extenderse a los períodos anteriores (cf. Gilbert 2004, 33 y ss.). De acuerdo con Gilbert (2004, 35-41), las mazas han de ser incluidas en el grupo de lo que él considera armas específicamente de guerra, las que, según constata, se documentan para “todos los períodos del Egipto temprano”, es decir, desde el inicio del Neolítico (c. 5500 a.C.) hasta el período Dinástico Temprano. Sin embargo, en lo que respecta a las otras armas mencionadas por Shaw (también presentes a lo largo de todo el período abordado), Gilbert las sitúa en la categoría de “armas-herramientas”, dado que pueden cumplir distintas funciones, y no sólo poseer un uso bélico. Sin embargo, como argumenta Campagno (2002, 164), “en lo que refiere a arcos y flechas, lanzas y hachas, permanece el hecho de que, en tiempos farónicos, constituían parte del principal armamento de los ejércitos”, además de que un hallazgo como el del sitio 117 de Jebel Sahaba con puntas de

13 Sobre el modelo de Abadiya, cf. Petrie (1901, 32 y pl. VI); Hoffman (1979, 148); Midant-Reynes (1992, 192); Campagno (2002, 132, 164); Gilbert (2004, 97-99). Sobre el muro de Nagada, cf. Petrie y Quibell (1896, 54); Campagno (2002, 132, 164); Gilbert (2004, 102-103).

proyectil incrustadas en los huesos, ya señala un uso temprano de las flechas o dardos con un objetivo militar.

Representaciones iconográficas

Este tipo de evidencia es escaso en el período que nos ocupa, pero los pocos ejemplos con que contamos, correspondientes a fines del período Nagada I, son significativos, sobre todo si son leídos a la luz de testimonios posteriores.

Se trata de una serie de motivos pintados en vasos cerámicos que evocan escenas de violencia muy probablemente bélica: personajes destacados por su tamaño y su atuendo (tocado en la cabeza, cola postiza), sosteniendo con lazos o aprestándose a golpear con algún arma (probablemente una maza) a personajes de menor tamaño que podrían ser identificados como prisioneros. Estos motivos, leídos a la luz de evidencia iconográfica más tardía (en concreto, las representaciones del jefe o rey sometiendo al enemigo que aparecen tempranamente en la Tumba 100 de Hieracópolis y que formarán parte, posteriormente, de la imaginería faraónica), permiten sugerir el sentido militar de las escenas evocadas (cf. Köhler 2002, 504)¹⁴.

De este modo, los motivos correspondientes a fines del período Nagada I parecen expresar la existencia de un estado de hostilidad en las sociedades no estatales del valle del Nilo predinástico. Como mínimo, el horizonte de la guerra y de la violencia parecieran estar presentes, y su lectura en conjunto con los otros tres tipos de evidencia considerados, permite suponer que la guerra era una práctica de relevancia en las sociedades del valle del Nilo preestatal.

Una lectura de la guerra en el valle del Nilo preestatal

Enumerada la evidencia, nos resta hacer algunas observaciones sobre las lecturas que se han propuesto para entender la guerra en el valle del Nilo preestatal y, en relación con ello, recuperar tanto las críticas como

14 Los vasos cerámicos a los que nos referimos son: el vaso correspondiente a la tumba U-239 del cementerio U de Abidos –Dreyer *et al.* (1998, 84, 111-115); Gilbert (2004, 88-92); Gayubas (2006, 63)–, el vaso E3002 de Bruselas –Scharff (1928, 268-269); Vandier (1952, 287); Gilbert (2004, 94); Gayubas (2006, 64)–, el vaso UC15339 del Petrie Museum de Londres –Petrie (1920, pl. XXVIII); Scharff (1928, 267-268)– y uno de los vasos de la tumba U-415 de Abidos –Dreyer *et al.* (2003, 80). Sobre el motivo del rey sometiendo a los enemigos, cf. Hall (1986).

las propuestas formuladas por Clastres en el contexto de sus investigaciones antropológicas.

Una de las primeras cuestiones que mencionamos respecto de los enunciados de Clastres sobre la guerra no estatal, es que parten de una serie de críticas a los esquemas explicativos que, de acuerdo con el autor, no permiten comprender cabalmente el problema. En tal sentido, las propuestas de interpretación de la guerra en el valle del Nilo preestatal no son muy distintas del tipo de lectura denunciado por el antropólogo¹⁵.

En primer lugar, predominan los enfoques que presumen un carácter tardío de la guerra, entendida como una práctica inmediatamente precedente a la aparición del Estado en el Alto Egipto (hacia el período Nagada II) y asentada, no en la propia dinámica sociopolítica de las poblaciones del valle, sino en factores externos considerados específicos del período, en concreto la lucha por recursos nacida de la sedentarización y del desarrollo de una economía agrícola o bien derivada de la irrupción de poblaciones foráneas (pastores nómadas que habrían colisionado con los agricultores del valle). Si bien estas miradas han sido debidamente criticadas por diversos investigadores, merece la pena señalar que lo que destaca en todas ellas es la asunción de que la guerra debió tener un fundamento estrictamente material, basado en la lucha por recursos en un contexto de sedentarización que habría conducido a una serie de conquistas territoriales, que a su vez habrían derivado en la aparición del Estado. Lo que a nosotros nos interesa, en este sentido, es que la evidencia arqueológica que hemos enumerado en el apartado precedente, apunta a cuestionar el carácter tardío de la práctica bélica en el valle y, con ello, los enfoques que ponen el eje en la sedentarización como condición del conflicto.

La evidencia más temprana, en este sentido, es el mencionado cementerio 117 de Jebel Sahaba, correspondiente a fines del período Paleolítico. Este testimonio de violencia bélica fue interpretado en clave ecológica (deterioro ambiental y lucha por recursos escasos) por los propios excavadores que publicaron sus resultados en 1968 y por algunos estudiosos que se refirieron al sitio en años siguientes. Sin embargo, lejos de asentarse en un estudio minucioso de la evidencia de contexto, dichas lecturas supusieron la aplicación histórica de uno de los presupuestos interpretativos dominantes en la década del sesenta, esto es, las lecturas ecológicas y materialistas de la guerra que, como vimos, merecieron el

15 Hemos dedicado algunas páginas a las distintas interpretaciones de la guerra en el valle del Nilo preestatal en Gayubas (2014, con bibliografía).

tratamiento crítico por parte de Clastres en el terreno de la antropología. La advertencia de Michael Hoffman (1979, 98) en relación con este sitio, al apuntar atinadamente que los estudios etnográficos dejaban en claro que “las muertes violentas –normalmente emboscadas– son más comunes de lo que alguna vez se pensaba entre cazadores y recolectores conocidos”, sumada a la recientemente señalada inexistencia de signos de insuficiencias alimenticias en los huesos analizados (cf. Judd 2006), contribuye a entender este tipo de lectura menos como una interpretación rigurosamente fundamentada que como la reproducción en clave arqueológica de lo que Clastres (2008 [1974], 162) describió como la “antigua imagen, siempre eficaz, de la miseria de los salvajes”.

En segundo lugar, otro enfoque materialista que ha sido propuesto para explicar la guerra en el valle del Nilo preestatal tiene que ver con la aplicación del modelo teórico de la circunscripción de Robert Carneiro (cf. Bard y Carneiro 1989; una crítica en Campagno 2004, 693-694, con bibliografía). Nuevamente, aquí el peso explicativo está puesto en la lucha por recursos, en concreto, por la conquista de tierras en un hipotético contexto de presión poblacional provocado por el crecimiento demográfico en un marco geográfico circunscripto, todo ello –al igual que en los otros enfoques abordados– condicionado por el fundamento sedentario de la economía agrícola. Esta formulación, cuyo interés radica en explicar en términos evolutivos la emergencia del Estado en el Alto Egipto, tiene serias limitaciones que han sido debidamente indicadas por diversos especialistas, no sólo por el hecho de que la evidencia de guerra en el valle precede –como hemos visto– a la sedentarización y a la constitución de una economía propiamente agrícola, sino también por las condiciones mismas de la geografía del valle del Nilo en los períodos abordados, que lejos de apuntar a un escenario de presión poblacional, sugiere un contexto de disponibilidad de tierras cultivables.

Contrario a esta tendencia centrada en las variables ecológicas y materiales, Gilbert señala, valiéndose de trabajos actualizados sobre guerra en sociedades no estatales, cómo las analogías etnográficas permiten proponer motivaciones plausibles de guerra de acuerdo con el tipo de organización sociopolítica de las comunidades y con las condiciones del medio en los distintos períodos del valle del Nilo preestatal, evitando caer en determinismos medioambientales. Así, los vestigios de armas y los restos humanos con puntas de proyectil incrustadas correspondientes a fines del período Paleolítico lo conducen a inferir un patrón de guerras equivalente al que caracteriza a sociedades de cazadores-recolectores y horticultores observadas etnográficamente, esto es, raides y emboscadas

estimulados por motivos de venganza y de prestigio pero, por sobre todo, basados en una percepción mutua de amenaza entre los grupos que (como registran diversos estudios antropológicos) haría de cada contacto, una posibilidad para el conflicto.

En relación con el período Neolítico, el testimonio de lo que el autor interpreta como refugios o aldeas situadas en puntos estratégicos introduce un elemento adicional, la defensa territorial, la cual no parece implicar la ocupación de territorios enemigos como objetivo específico, sino más bien la defensa de la integridad comunal en un nuevo contexto de adscripción territorial¹⁶.

Tener en cuenta esta propuesta de Gilbert no implica desconocer la incidencia de la variable medioambiental en las situaciones abordadas, sino más bien, como propusiera el antropólogo Paul Sillitoe (1977, 80), tomarla en consideración, no ya como una variable explicativa por sí misma, sino “como uno de los varios factores importantes que deben ser tenidos en cuenta en un análisis integral de la guerra primitiva”. Esta advertencia es particularmente importante a la hora de estudiar la guerra en el período Neolítico en el valle del Nilo. Según se ha sugerido, en este período la intensificación del proceso de aridización que fue convirtiendo a las sabanas circundantes al valle del Nilo en lo que son actualmente los desiertos oriental y occidental de Egipto, pudo haber promovido una serie de movimientos de poblaciones cazadoras-recolectoras (y quizás incipientemente ganaderas) de las regiones que iban siendo ganadas por el desierto, hacia el valle del Nilo, donde habrían entrado en contacto con las poblaciones presumiblemente cazadoras-recolectoras y pescadoras del valle (cf. Hassan 1988, 144).

Tal como hemos mencionado en el apartado dedicado a la evidencia, hacia este período se testimonian restos humanos con lesiones probablemente debidas a prácticas de guerra, las primeras mazas de guerra y patrones defensivos de asentamiento en algunas regiones del valle. Ello nos conduce a pensar que los movimientos de población pudieron haber tenido alguna relación con estos indicios de guerra.

Kathryn A. Bard (1994, 24) ha sugerido que estos desplazamientos pudieron dar lugar a un escenario de competencia (no necesariamente conflictiva) por recursos. Si lo consideramos en relación con los indicios de violencia, si bien es factible pensar que las cambiantes condiciones

16 Esta variable es también aplicada al período Predinástico, aunque aquí el autor añade, en el contexto de la aparición de las sociedades de jefatura hacia al menos el período Nagada I, un tipo específico de guerra, la “guerra de jefatura”, cuyo tratamiento excede las posibilidades del presente trabajo.

ecológicas pudieron crear un marco de imprevisibilidad y unos niveles de contacto intergrupal que pudieron incrementar las posibilidades de conflicto, hay que notar que las favorables condiciones para la vida económica que pueden intuirse a lo largo del valle, en el marco de una amplia disponibilidad de tierras y de recursos, dificultan que los testimonios de violencia sean interpretados en términos de una estricta lucha por territorio o por recursos escasos. También obstruyen una mirada de este tipo, por un lado, la constatación de que el proceso de aridización fue gradual y que la movilización poblacional no tomó la forma de una “oleada”, sino más bien de una serie de movimientos acaecidos a lo largo de un extenso período de tiempo; y por el otro, el testimonio de la existencia de pautas económicas ganaderas e incipientemente agrícolas que pudieron haber supuesto una mejor respuesta a las nuevas necesidades derivadas del cambio ecológico, y, a su vez, a eventuales problemas de subsistencia (si los hubiera habido), que la práctica de la guerra (cf. Hassan 2002a; 2002b).

Por lo tanto, creemos que la vinculación entre los movimientos de población derivados de la aridización y los testimonios de guerra debe ser planteada de un modo menos directo y menos automático. Hassan (2002a, 16; 2002b, 330) sostiene que el modo en que se habría realizado este tipo de desplazamiento poblacional en la región nilótica, así como cualquier otra decisión vinculada con él, habría dependido no sólo de las circunstancias ecológicas, sino también de las configuraciones culturales de los grupos implicados, pues, como apuntan Nielsen y Walker (2009, 6), “no existe una tecnología o una interacción con el medio ambiente desprovista de creencias cosmológicas y de disposiciones culturales”.

Un ejemplo etnográfico de ello lo conforma la percepción fundamentalmente ideológica de la “escasez” que estaría en la base de algunos episodios de guerra entre los Mae Enga de Nueva Guinea, y que lejos de implicar una escasez de tierras “real” de acuerdo con el criterio del investigador occidental, reproduce una caracterización específica de la sociedad estudiada, en un contexto carente de condicionamientos materiales verificables (cf. Meggitt 1977, 182-184). Lo interesante de esta caracterización es que expresa la tendencia a afirmar la propia integridad y autonomía de la comunidad mediante el sostenimiento de la diferencia con las otras comunidades, lo cual conduce nuevamente al énfasis puesto por Clastres en lo político, en la medida en que, si bien puede proponerse que el orden cultural moldea las necesidades humanas (cf. Sahlins 1988 [1976]), ello no parece poder aislarse del modo en que la

organización sociopolítica (la “sociedad contra el Estado”) determina las prácticas (el “ser-para-la-guerra”).

En relación con el valle del Nilo del período Neolítico, podemos considerar que las poblaciones del valle y alrededores, que no habrían desconocido la guerra y que pudieron entrar en conflicto entre sí en el contexto de intensificación del proceso de aridización, pudieron haberlo hecho en un marco de búsqueda o defensa de tierras. Pero la inexistencia de indicadores acerca de algún tipo de escasez o necesidad material contribuye a considerar que el fundamento no estaría en el aspecto estrictamente material, sino en lo que Clastres denomina “lógica de la diferencia”, es decir, en el antagonismo que se presentaría necesario “para la reproducción de la posición dominante del parentesco en el interior de las comunidades” (Campagno 2002, 86).

En este sentido, la lectura antropológica de Clastres según la cual la guerra operaría como un mecanismo político de la comunidad, nos resulta pertinente para pensar la práctica de la guerra en los contextos históricos abordados. Este fundamento político explicaría la presencia de guerra bajo tan dispares condiciones ecológicas y materiales y en períodos tan distantes entre sí como fines del período Paleolítico, el período Neolítico y comienzos del período Predinástico. Las distintas motivaciones inmediatas plausibles se inscribirían, en última instancia, en el antagonismo que estaría implícito en la identificación de parentesco. Y la guerra, como expresión extrema de este antagonismo, contribuiría al sostenimiento de la autonomía y de la indivisión de las comunidades no estatales.

Bibliografía

- ABENSOUR, M. (2007 [1987]). “El Contra Hobbes de Pierre Clastres”, en: Abensour, M. (comp.), *El espíritu de las leyes salvajes. Pierre Clastres o una nueva antropología política*. Buenos Aires, 189-228.
- ANGELBECK, W.O. (2009). “*They Recognize No Superior Chief*”. *Power, Practice, Anarchism and Warfare in the Coast Salish Past*, Tesis de Doctorado. Vancouver.
- ANGELBECK, B. (2010). “La sociedad contra la jefatura: organización y resistencia al poder en la guerra Coast Salish”, en: Vila, A. y Estévez, J. (eds.), *La excepción y la norma: las sociedades indígenas de la Costa Noroeste de Norteamérica desde la arqueología*. Madrid, 125-145.
- BARD, K.A. (1994). *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*. Sheffield.
- BARD, K.A. y CARNEIRO, R. (1989). “Patterns of Predynastic Settlement Location, Social Evolution, and the Circumscription Theory”, *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille* 11, 15-23.

- BERTOLO, A. (1999). "Poder, autoridad, dominio: una propuesta de definición", en: Ferrer, C. (comp.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. Buenos Aires, 75-98.
- BOWMAN, G. (2001). "The violence in identity", en: Schmidt, B.E. y Schröder, I.W. (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*. London, 25-46.
- CAMPAGNO, M. (1998). "Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después", *Boletín de Antropología Americana* 33, 101-113.
- CAMPAGNO, M. (2002). *De los jefes-pa-rientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.*, Aula Ægyptiaca-Studia 3. Barcelona.
- CAMPAGNO, M. (2004). "In the beginning was the War. Conflict and the emergence of the Egyptian State", en: Hendrickx, S., Friedman, R.F., Ciałowicz, K.M. y Chłodnicki, M. (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams. Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt"*. Leiden, 689-703.
- CAPPELETTI, A.J. (1989). "Introducción a la tercera edición en español", en: Kropotkin, P., *El apoyo mutuo*. Madrid.
- CARNEIRO, R. (1990). "Chieftdom-Level Warfare as Exemplified in Fiji and the Cauca Valley", en: Haas, J. (ed.), *The Anthropology of War*. Cambridge, 190-211.
- CLAESSEN, H. (2006). "War and State Formation: What is the Connection?", en: Otto, T., Thrane, H. y Vandkilde, H. (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*. Aarhus, 217-226.
- CLASTRES, P. (1996 [1980]). *Investigaciones en antropología política*. Barcelona.
- CLASTRES, P. (2004 [1977]). *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*. Buenos Aires.
- CLASTRES, P. (2008 [1974]). *La sociedad contra el Estado*. La Plata.
- DREYER, G., HARTUNG, U., HIKADE, T., KÖHLER, E.C., MÜLLER, V. y PUMPENMEIER, F. (1998). "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 9./10. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 54, 77-167.
- DREYER, G., HARTMANN, R., HARTUNG, U., HIKADE, T., KÖPP, H., LACHER, C., MÜLLER, V., NERLICH, A. y ZINK, A. (2003). "Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof. 13./14./15. Vorbericht", *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts abteilung Kairo* 59, 67-138.
- FERGUSON, R.B. (1997). "Violence and War in Prehistory", en: Martin, D.L. y Frayer, D.W. (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*. Amsterdam, 321-355.
- GAT, A. (1999). "The Pattern of Fighting in Simple, Small-Scale, Prestate Societies", *Journal of Anthropological Research* 55 (4), 563-583.
- GAYUBAS, A. (2006). "Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico",

- en: Campagno, M. (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto*. Buenos Aires, 51-73.
- GAYUBAS, A. (2012). "Pierre Clastres y las sociedades contra el Estado", *Germinal. Revista de Estudios Libera-rios* 9, 17-30.
- GAYUBAS, A. (2014). "Estudios sobre la guerra en el valle del Nilo preestatal: un balance crítico", en: Di Bennardis, C., Koldorf, A.E., Rovira, L. y Luciani, F. (comps.), *Experiencias de la diversidad*. Rosario, 15-25.
- GILBERT, G.P. (2004). *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*, British Archaeological Reports International Series 1208. Oxford.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F.J., PARCERO-OU-BIÑA, C. y AYÁN VILA, X. (2012). "Iron Age societies against the state. An account on the emergence of the Iron Age in the NW Iberian Peninsula", en: Moore, T. y Armada, X.-L. (eds.), *Atlantic Europe in the First Millennium BC: Crossing the Divide*. Oxford, 285-301.
- HALL, E.S. (1986). *The Pharaoh Smites His Enemies. A Comparative Study*. München.
- HASSAN, F.A. (1988). "The Predynastic of Egypt", *Journal of World Prehistory* 2, 135-185.
- HASSAN, F.A. (2002a). "Paleoclimate, Food and Culture Change in Africa: An Overview", en: Hassan, F.A. (ed.), *Droughts, Food and Culture. Ecological Change and Food Security in Africa's Later Prehistory*. New York, 11-26.
- HASSAN, F.A. (2002b). "Conclusion: Ecological Changes and Food Security in the Later Prehistory of North Africa: Looking Forward", en: Hassan, F.A. (ed.), *Droughts, Food and Culture. Ecological Change and Food Security in Africa's Later Prehistory*. New York, 321-333.
- HELBLING, J. (2006). "War and Peace in Societies without Central Power: Theories and Perspectives", en: Otto, T., Thrane, H. y Vandkilde, H. (eds.), *Warfare and Society. Archaeological and Social Anthropological Perspectives*. Aarhus, 113-139.
- HOFFMAN, M.A. (1979). *Egypt Before the Pharaohs*. New York.
- JUDD, M. (2006). "Jebel Sahaba Revisited", en: Kroeper, K., Chłodnicki, M. y Kobusiewicz, M. (eds.), *Archaeology of Early Northeastern Africa: In memory of Lech Krzyżaniak*. Poznan, 153-166.
- KEEGAN, J. (1993). *A History of Warfare*. New York.
- KEELEY, L.H. (1996). *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*. Oxford / New York.
- KELLY, R.C. (2000). *Warless Societies and the Origin of War*. Ann Arbor.
- KÖHLER, E.C. (2002). "History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt", en: van den Brink, E.C.M. y Levy, T.E. (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*. London, 499-513.
- KROPOTKIN, P. (1913). *La scienza moderna e l'anarchia*. Ginebra.

- KROPOTKIN, P. (1923 [1897]). *El Estado. Su papel histórico*. Buenos Aires.
- LIZOT, J. (1977). "Population, resources et guerre chez les Yanomami. Critique de l'anthropologie écologique", *Libre* 77 (2), 111-145.
- MACDONALD, Ch.J.H. (2012). "Antropología de la anarquía", *Germinal. Revista de Estudios Libertarios* 10, 3-25.
- MALINOWSKI, B. (1936). "Culture as Determinant of Behavior", *The Scientific Monthly* 43 (5), 440-449.
- MEGGITT, M. (1977). *Blood is their Argument. Warfare among the Mae Enga Tribesmen of the New Guinea Highlands*. Palo Alto.
- MIDANT-REYNES, B. (1992). *Préhistoire de l'Égypte. Des premiers hommes aux premiers Pharaons*. Paris.
- MORRIS, B. (2008). "Antropología y anarquismo: afinidades electivas", en: Roca Martínez, B. (coord.), *Anarquismo y antropología: relaciones e influencias mutuas entre la antropología social y el pensamiento libertario*. Madrid, 19-29.
- NEVES, E.G. (2009). "Warfare in Precolonial Central Amazonia: When Carneiro Meets Clastres", en: Nielsen, A. y Walker, W. (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*. Tucson, 140-164.
- NIENSEN, A. y WALKER, W. (2009). "Introduction: The Archaeology of War in Practice", en: Nielsen, A. y Walker, W. (eds.), *Warfare in Cultural Context. Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*. Tucson, 1-14.
- OTTERBEIN, K.F. (1973). "The Anthropology of War", en: Honigmann, J.J. (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*. New York, 923-958.
- OTTERBEIN, K.F. (2004). *How War Began*. College Station, Texas.
- PETRIE, W.M.F. (1901). *Diospolis Parva: The Cemeteries of Abadiyeh and Hu*. London.
- PETRIE, W.M.F. (1920). *Prehistoric Egypt*. London.
- PETRIE, W.M.F. y QUIBELL, J.E. (1896). *Naqada and Ballas*. London.
- ROCA MARTÍNEZ, B. (2008). "Anarquismo y antropología: una introducción", en: Roca Martínez, B. (coord.), *Anarquismo y antropología: relaciones e influencias mutuas entre la antropología social y el pensamiento libertario*. Madrid, 4-17.
- SAHLINS, M. (1983 [1974]). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid.
- SAHLINS, M. (1988 [1976]). *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría antropológica*. Barcelona.
- SCHARFF, A. (1928). "Some Prehistoric Vases in the British Museum and Remarks on Egyptian Prehistory", *Journal of Egyptian Archaeology* 14 (3/4), 261-276.
- SHAW, I. (1991). *Egyptian Warfare and Weapons*. Buckinghamshire.
- SILLITOE, P. (1977). "Land Shortage and War in New Guinea", *Ethnology* 16 (1), 71-81.
- SUSSMAN, R.W. (2013). "Why the Legend of the Killer Ape Never Dies. The Enduring Power of Cultural Beliefs to Distort Our View of Human Nature", en: Fry, D.P. (ed.), *War, Peace, and Human Nature. The Convergence of*

- Evolutionary and Cultural Views*. New York, 97-111.
- TURNER-HIGH, H.H. (1949). *Primitive War: Its Practice and Concepts*. Columbia.
- VANDIER, J. (1952). *Manuel d'Archéologie Égyptienne. I. Les époques de formation. I. La préhistoire*. Paris.
- VIVEIROS DE CASTRO, E. (2011). "O medo dos outros", *Revista de Antropologia* 54 (2), 885-917.
- WENDORF, F. (1968). "Site 117: A Nubian Final Paleolithic Graveyard near Jebel Sahaba, Sudan", en: Wendorf, F. (ed.), *The Prehistory of Nubia*, vol. 2. Dallas, 954-995.
- WENDORF, F. y SCHILD, R. (1986). *The Wadi Kubbania Skeleton: A Late Paleolithic Burial from Southern Egypt*. Dallas.